

# “LA PATA DE LA RAPOSA”

POR MIGUEL DE UNAMUNO

La pata de la raposa: así se llama esta nueva e intensa novela de Ramón Pérez de Ayala, que acaba de publicar la BIBLIOTECA RENACIMIENTO. Quiere ser continuación de aquella otra del mismo autor, titulada «A. M. D. G.» («La vida en los colegios de jesuitas»), que tuvo un justo éxito literario, pero otro mucho mayor, y no sé si tan justo o menos o más, de escándalo.

¿Por qué se titula como se titula esta nueva y tan intensa novela de Pérez de Ayala? Tras del título trae, a modo de lema, este techo de Musset que traduzco:

«En el caso de que nadie las tome en cuenta, habré sacado este fruto de mis palabras y es de haberme curado mejor y como la raposa cogida—en el cepo habré roído mi pata cautiva».

Y en el capítulo XIII Tita Anastasia al ver a Fina y Alberto platicando en estrecha concordia, después de haber ella perdonado las ingratitudes y desdenes de su novio, se acerca a la pareja y dice:

«Cuando la raposa cae en el cepo, dicen que se roe la pata hasta que la troncha, y huye con las tres sanas».

Y luego

«por la noche, a solas en su estancia, Alberto rumiaba la frase de Tita Anastasia. La idea de la muerte es el cepo; el espíritu, la raposa, o sea virtud astuta con que burlar las celadas de la fatalidad. Cogidos en el cepo, hombres débiles y pueblos débiles yacen por tierra; imaginando cobardemente que una mano bondadosa y providente los ha puesto allí por retenerlos y conducirlos a nueva y más venturosa existencia. Los espíritus recios y los pueblos fuertes reciben en el peligro clarovidente estupor, desentrañan de pronto la desmesurada belleza de la vida y renunciando para siempre a la agilidad y locura primeras, salen del cepo con los músculos tensos para la acción, y con las fuerzas motrices del alma centuplicadas en ímpetu, potencia y eficacia».

Tal es por lo menos la moraleja que el autor mismo, Pérez de Ayala, saca al cuento de su novela. Tal vez un lector desprevenido le saque otra que

se ajuste tan bien o mejor a su título, y ésta es una entre tantas excelencias como atesora este libro.

Eso de la idea de la muerte parece perseguirle a Pérez de Ayala, que es un buen español educado por jesuitas. En el capítulo VI hay dos páginas muy hondas. Y en una de ellas dice:

«Los filósofos griegos llamaban a la muerte causa fundamental de toda filosofía. Nuestra vida, en el momento de nacer, es como una caja vacía, cuyas paredes son de diamante negro. Las paredes son la muerte. Nuestra vida está limitada de muerte por todas partes. ¿Con qué hemos de llenar la caja? He aquí el verdadero problema moral». Y luego siguen cinco deliciosas poesías.

Pero tanto o más que la idea de la muerte le persigue a Alberto, el protagonista de esta novela, el educando de los jesuitas, la idea del propio ridículo. ¡Un buen español! Este es un don Quijote íntimo y redivivo, un don Quijote consciente de su propia comicidad y que el sentirse cómico le incapacita para la acción.

Hay en la novela tres otras páginas admirables en que Alberto discurre como aquellos dos hombres, que el uno ante Alejandro Magno arrojaba a distancia guisantes sobre una aguja y los espetaba todas las veces sin errar golpe, y el otro ante el emperador Carlos V metía garbanzos desde lejos por un cántaro de boca angosta, eran superiores a los dos emperadores que mandaron darle al uno una mata de guisantes y al otro dos hanegas de garbanzos.

«Me parece,—dice Alberto,—que tanto Alejandro como Carlos pecaron de estolidez supina. A la larga (una larga que siempre era muy corta) la propia importancia tiene conquistar el mundo antiguo, como hizo Alejandro, o imponer el papismo al antiguo y al nuevo como pretendió Carlos, que clavar guisantes en una aguja o meter garbanzos en un cántaro. Con una diferencia en disfavor de entrambos soberanos, y es que sus empresas fueron ridículas; porque el ridículo no es otra cosa que un desacuerdo entre el esfuerzo y el resultado, entre lo que se piensa que se va a hacer o se cree que se está haciendo y lo que realmente se hace. Alejandro y Carlos, persiguiendo una finalidad trascen-

dente dentro de un mundo perecedero, se ponían en un ridículo cósmico. El de los guisantes y el de los garbanzos, no; no perseguían finalidad alguna, sino que cultivaban la destreza por la destreza, desdeñando usarla en altos empleos. Alejandro y Carlos creyeron triunfar de la muerte pasando a la historia. ¡Menguada historia la que tiene por fuerza limitado y fatal cómputo de páginas! Pero el de los guisantes y el de los garbanzos sí que triunfaron de la muerte porque triunfaron en la vida misma, comprendiendo muy cuerdate que no morir es ignorar el mañana, es exaltar todas las facultades y ponerlas en el presente eterno de un esparcimiento arbitrario y sin propósito final. Dentro de un universo infinito compuesto de seres y cosas finitas, la única forma de inteligencia activa es el obrar conscientemente sin finalidad».

¿No veis en este pasaje tan preciso la íntima relación que media entre la preocupación de la muerte, el «morir habemos», y el sentimiento del ridículo cósmico? ¿Pero él, Alberto, el protagonista de esta novela y de aquella otra en que nos contó Pérez de Ayala la vida en los colegios de jesuitas, se contenta con esa solución estética? No, no se contenta con ella; es demasiado buen español para contentarse con eso. Y eso que en España tenemos las dos soluciones: la estética, cuya fórmula es «la cuestión es pasar el rato» o bien «se vive!» y es la de aquellos que hacen tiempo para matarlo, y la otra, la religiosa.

Aquel terrible danés de que tantas veces os he hablado, y de que tantas otras aun os tendré que hablar, Kierkegaard, decía que hay la ilusión de antes del conocimiento y es la poesía, y la ilusión de después del conocimiento y es la religión.

Es fácil que algún lector de ese país nuevo, de gentes nuevas, donde según Salaverría apenas se ve viejos por las calles, al leer lo de los espíritus recios y los pueblos fuertes que no se dejan coger en el cepo de la idea de la muerte y desentrañar la desmesurada belleza de la vida, se haya sentido halagado y acaso sobre-hombre, especialmente si es que ha leído, como puede muy bien ser, a Nietzsche. Pero que no se forje demasiadas ilusiones. Hay pueblos, así como hombres, que han dejado de pensar en la muerte, y hay otros, individuos como pueblos, que no han pensado aún en ella. Pero llegarán a eso. Hay quienes no han salido del período estético y otros que llegaron al religioso. Lo terrible, lo trágico, es el de los que salieron del uno sin haber llegado al otro, perdieron la ilusión

de ante del conocimiento, y no han cobrado aún los de después de él. Y para los que no han salido del período estético, los que fluctuamos entre uno y otro, los hijos de pueblos tormentosos, aparecemos como misántropos. Por misántropo me tienen ahí muchos.

Y bien, ¿qué relación tiene todo esto con la educación jesuítica? Pérez de Ayala en una advertencia final a este libro nos hace saber que está estrechamente relacionado con aquel otro de «A. M. D. G.» y el protagonista es él mismo. Es Alberto, perseguido por la idea de la muerte, de la inutilidad final de todo esfuerzo y del propio ridículo.

En una conversación con Fina, su novia—este delicadísimo retrato de mujer provinciana, todo poesía y emoción honda—le habla del dragón, del ridículo, y del peor ridículo que es el ridículo para con uno mismo.

«El ridículo es,—dice Alberto a su novia,—la desproporción entre el propósito y el acto». Y añade: «Pero como los propósitos son la porción secreta de cada cual y los demás sólo los conjeturan o presumen, para los espíritus delicados el verdadero y temible ridículo es para consigo mismo. Consecuencia...» Y Fina le responde: «Que se tumba uno a la bartola y no hace nada, porque como las cosas nunca resultan a la medida del deseo, resulta que siempre se pone uno en ridículo para consigo mismo». Y siguen hablando los novios y al decirle ella que le asombra le costase tanto tiempo y tanto trabajo matar a aquel bichito—el dragón—replica él: «Cuando se ha estado seis años entre jesuitas, esa es la hazaña más grande de la vida». Y entonces Fina: «Los quieres tanto, que los enviarías a todos de una vez al cielo por la línea directa del martirio». Y Alberto contesta: «No los quiero mal ni bien, Fina, aun cuando me han hecho mucho daño. Seis años, Fina, día por día, ligándome el alma y apretando fuerte con la soga del temor al ridículo, embotándola con la idea de la inutilidad del esfuerzo. Cuando se cree, después de estos seis años se hace uno fraile o se entrega uno a ellos como un cadáver. Pero cuando no se cree...»

Si un jesuita inteligente—los hay muchísimos menos que se cree—lee este libro de su antiguo educando al llegar a este pasaje y a los puntos suspensivos con que concluye, se sonreirá mefistofélicamente y llenará los dichos suspensivos diciendo: Cuando no se cree no se puede ya vivir en paz consigo mismo sino torturado por el sentimiento del propio ridículo. Y este es—seguirá diciéndose—el triunfo de

nuestro sistema, que incapacita para la vida y para la dicha a los que dejan de creer. A lo que Alberto podría contestarle que el sistema sería más perfecto aun si consiguiese que no perdieran la fe los que han pasado por él. Mas no cabe duda de que estando como están las cosas Alberto proclama ahí, tal vez sin saberlo ni quererlo, la eficacia de la educación jesuítica para el fin que ella se propone.

No he sido nunca ni educando ni discípulo de jesuitas ni de otra clase cualquiera de individuos pertenecientes a órdenes religiosas, no he pasado por sus colegios; mi educación toda, desde pequeñito, y aun habiendo nacido y habiéndome creado en el seno de una familia estrictamente católica y piadosísima, fué una educación laica;

aprendió a reirse de los demás y acaso el Tasso sentía el propio ridículo cósmico. El reirse de los demás es acaso la mejor medicina para no dar uno en reirse de sí mismo. Y si es una muerte trágica la de aquel cómico Morgante, de Pulci, que muere reventando de risa y de quien el ángel Gabriel asegura que se reirá por toda la eternidad, «ridera in eterno»—terrible suplício!—¿no es lo más terrible de lo trágico el morir reventando de risa de sí mismo?

Mas no creáis que a esto se reduce la novela de Pérez de Ayala, ¡no! Hay en ella más, mucho más en torno a este núcleo, hay escenas de un realismo crudísimo, hay un matrimonio de un escocés y una griega que es algo pavoroso. Y Pérez de Ayala que ha vivido en Londres y en Italia pone en estos dos países parte de las escenas de su novela.

Y eso de la pata de la raposa puede entenderse de otro modo en que acaso no ha pensado el autor de la novela. La raposa es Alberto, el cebo es el amor de Fina, esta angelical criatura, y él se escapa del cebo, abandona a su novia que muere del pesar, y va a campar libre, pero sin una pata, llevándola tal vez gangrenada.

Más que la idea de la muerte, más que el sentimiento del propio ridículo, le persigue a Alberto su propia sensualidad. ¿Es esto también fruto de la educación jesuítica? Tal vez, porque tengo observado que los jesuitas no saben defender de la sensualidad a sus educandos. Quieren, sin duda, mantenerles indemnes de ella, ignorantes de ciertas cosas cuya ignorancia prolongada es un mal, pero como su arte todo, toda su liturgia, todas sus maneras son sensuales... Es una educación sin virilidad alguna.

Mas dejando ahora esto para otro artículo, voy a daros aquí una composición que se me ocurrió después de haber leído «La pata de la raposa». La composición es en verso y rimada, pero por razones que expondré en el prólogo de mi próximo y tercer volumen de poesías, he venido a resolverme a publicar los versos en la forma tipográfica de la prosa. Así se salvan no pocos inconvenientes y se impide el que cualquier lector le aplique el sonsonete de acordeón o de organillo, ese sonsonete de tantum congolés que hasta como música—o más bien precisamente como música—es insoportable.

Ahí va:

¡Ay zorro, zorro, pobre zorro, que no puedes llevar derecho tu camino; a tierra el morro, cuidando siempre el tino de la escapada! Ay pobre zorro, siempre de recelo y siempre

## REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

### ECONOMIA DE LA REVISTA

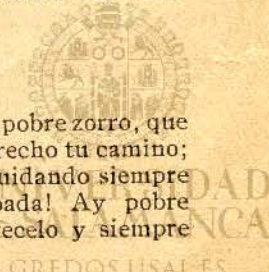
El número suelto.....	¢ 0-50
La serie mensual, 3 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración..	1-25
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (36 entregas)...	4-50 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

aprendí primeras letras en una escuela civil y segunda enseñanza y superior en los establecimientos públicos del estado.

No puedo, pues, saber, como Pérez de Ayala sabe por experiencia propia, lo que sea la educación jesuítica; pero lo sé por lo que he visto en no pocos amigos y compañeros míos de la infancia que con ellos se han educado y lo sé porque tengo ocasión de apreciar cada año sus frutos. Y sé que, en efecto, en espíritus delicados como el de Alberto produce lo que éste tan melancólicamente nos denuncia.

Discípulo de los jesuitas fué en Nápoles Torcuato Tasso, ¿y no se explicará en gran parte por esto aquella su incurable melancolía que le llevó a los linderos de la locura? Pero también Voltaire fué discípulo de los jesuitas y guardó siempre consideración hacia ellos. Mas es que Voltaire



alerta; prendida tu mirada por siempre al suelo, y sin poder alzarla hasta la abierta cúpula del cielo! Siempre a la defensiva por conservar incólume su fama de targo: con el oído avizor hasta en la cama! Es bien amargo vivir así si es que viviendo así se viva.

Cuanto mejor hacer el primo y en el corral vivir de prisionero, de la vida doméstica al arrimo, que no dejar la pata en cualquier cepo artero! Pues lo que a ti, mi zorro, más te mata, es esa nombradía de tristeza. Y toda vanidad es tontería.

Eres un tonto, zorro, eres un tonto; y si no cambias pronto, ya verás la vejez lo que te guarda! Tú me dirás: «en tanto!...—Don Juan «si tan larga me lo fais!...»—Mas ya verás si tarda. Es mucho más zorruno hacerse santo.

Métete en el corral y panza arriba,

papa las musarañas en el cielo, corral que siempre dura, y esquivar barruntar pasos dentro las entrañas de la tierra obscura que en armar cepos usas de artimañas. Por muy listo que seas, a la tierra no has de burlar; ríndete, pues, que sólo no la yerra quien se deja cazar.

Y volviendo ahora a la prosa—algún organillero dirá que eso otro también lo es—nos queda lo de la educación jesuítica que bien vale la pena de dedicarle algunas reflexiones. A esa educación debemos las dos novelas de Pérez de Ayala, de que os he hablado. Y aunque sólo ese fuese no sería poco, ya que hay quienes absuelven a los jesuitas de todos sus demás pecados en gracia al pecado de haber sido los educadores de Voltaire. Veamos esto.

(*La Nación*, Buenos Aires).

## Una ciudad que entrega a sus niños el Museo de Arte

CHICAGO.—La ciudad de Toledo, Ohio, muy adelantada en experiencias cívicas, ha puesto el Museo de Arte Municipal en manos de sus más asiduos visitantes, los niños de las escuelas, dice un escritor en el *Fashion-Art*.

Sugirió la idea el éxito del Club del Pájaro y del Arbol organizado por las autoridades del Museo para criar amor de la naturaleza en los niños. Mediante la cooperación de los 20,000 niños de las escuelas que pertenecen al Club, Toledo ha sido la primera ciudad norteamericana en establecer sus parques públicos y sus asilos de pájaros, y tiene ahora miles de casitas de pájaros construidas por los niños, y 1,200 estaciones alimenticias que los niños mantienen para los pájaros en los meses rigurosos de invierno.

La buena voluntad con que los niños de Toledo han respondido en lo que concierne a los pájaros, hizo pensar a las autoridades del Museo que también se interesarían por el Museo de Arte Municipal, y se lo dieron como su Casa del Tesoro. Los niños se han consti-

tuido en sus especiales vigilantes y ya no se pagan guardas. Un grupo de niños se turna para cuidar cuanto se necesite de 9 a 12. Otro grupo de niños y niñas se han convertido en guías voluntarios, y los sábados y domingos cumplen su deber en las diversas galerías respondiendo a las preguntas e informando respecto de lo que se exhibe.

En estos días los niños vuelan al Museo en centenares. Llegan el sábado por la mañana, visitan las galerías, y a medio día toman su lonche en el *basement* del edificio.

A las tres de la tarde de los sábados hay una hora de relatos seguida de cine. Las horas de relatos se han hecho famosas y el Museo apenas si puede contener los niños que asisten.

En esta temporada los relatos se han referido al arte italiano desde las primitivas adaptaciones y modificaciones del arte griego hasta los días del Ticiano y del Veronés.

Después del relato, el cine. La norma del Museo es no divertir con películas comerciales sino educar al niño en

el arte. El cine se correlaciona, en gran parte, con los asuntos de los relatos y en este año la mayoría de las películas se consagró al arte, la historia y viajes por Italia. Otras películas se endilgan hacia el comercio, la industria y los recursos naturales. Todas se proponen ampliar la educación y la visión de los niños. Las películas también se relacionan con las actividades y colecciones del Museo.

La hora de relatos y el cine se repiten el domingo en la tarde y es frecuente ver a mil y más niños que aguardan la entrada en líneas ordenadas y tranquilas.

Cada sábado de por medio, en la tarde, a la hora de relatos precede una de música para los niños y una vez más Toledo supera en esto a las otras ciudades de la Unión.

En el conjunto de la obra musical los niños aprenden los rudimentos teóricos. Se adiestra el oído en el reconocimiento de los tonos y aprenden a entender los temas musicales y composiciones. Desarrollan el sentido del ritmo y de la interpretación.

Hacia falta un centro coral y este año se fundó. Casi al instante cien niños quisieron asociarse. Han dado varios conciertos y como algunos niños estudian la instrumental, su programa será cada vez más interesante. En la actualidad cantan viejos aires franceses e italianos y canciones de tipo diverso.

Niños inválidos regularmente van de la escuela a pasar días enteros en el museo y los sordos van a aprender la belleza del color y de las líneas, de las labores y tejidos. Cuando los ciegos van, se llevan todas las estatuas pequeñas a la biblioteca para que pasen por ellas sus dedos sensibles.

El hecho de que el año pasado visitaran el Museo de Arte 47,000 niños, es una muestra de que esta aventura cívica es menos ilusoria de lo que parecía cuando se indicó.—E. P.

(*The Foreign Press Service*.—N. Y.)

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

# LA LIBRERIA ESPAÑOLA DE MARIA V. DE LINES

APARTADO DE CORREOS Nº 314

San José y Cartago

TELÉFONO 38-TELÉGRAFO (LINES)

El mejor surtido de cajas de papel y sobres que haya llegado a Costa Rica se ofrece a nuestra numerosa clientela.

Máquinas de escribir FOX VISIBLE y CORONA. - Papeles y útiles para máquinas.